

El pensamiento de figuras paradigmáticas del periodismo cubano: Pautas pedagógicas para la formación del profesional de la prensa.

Giselle María Méndez Hernández (Cuba).¹

Resumen.

Los estudios sobre figuras paradigmáticas del Periodismo constituyen una de las direcciones en que se ha desarrollado en Cuba la investigación en Comunicación. Con frecuencia, se propende en ellos a un estudio biografiado de la personalidad escogida, sin revelar su legado pedagógico a la formación inicial del periodista, en el contexto formativo actual de ese profesional en la Isla. Este trabajo propone un acercamiento a los aportes que figuras relevantes del Periodismo en Cuba, han realizado a los procesos didácticos y praxeológicos que intervienen en la formación de un profesional de la prensa competente, y comprometido con el perfeccionamiento del modelo social cubano.

Palabras clave.

Figuras del Periodismo, formación inicial del periodista, pautas pedagógicas, profesional de la prensa.

Abstract.

The studies about paradigmatic personalities of Journalism make one of the directions that has been developed in Cuba the research in Communication. Frequently, they propose a biographic study of the chosen personality, without revealing they pedagogic legacy to the initial formation of the journalist, in the actual formative context of that professional in the island. This work propose an approaching to the contribution that relevant figures of the Journalism in Cuba, realized to the didactics process that take part in the formation of a capable professional of the press, and committed with the perfection of the Cuban social model.

Key words.

Personalities of Journalism, initial formation of the journalist, pedagogic legacy, professional of the press

Introducción.

La aparición de la prensa en Cuba fue – junto a la Real Sociedad Económica de Amigos del País² y el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio – indicio de la naciente cultura cubana en el siglo XVIII. Si bien *La Gaceta*, *Gazeta de La Havana* y *Papel Periódico de La Havana* – primeros medios impresos editados en la Isla – fueron expresión muy incipiente del espíritu nacional, es en los periódicos y revistas surgidos en el siglo XIX donde aflora, cristalizada, una voluntad de doctrina y superación.

La producción humanista de José Agustín Caballero³, Félix Varela⁴, José Antonio Saco⁵, José de la Luz y Caballero⁶, Enrique José Varona⁷ y José Martí⁸ – padres gestores de la formación cubana – se dio a conocer gracias a publicaciones periódicas de la época, que exhibían una prosa donde primaba la exposición crítica y didáctica del panorama nacional. Más conocidos por la atención a la enseñanza que los enlaza, que por su labor intelectual en la prensa, no abundan estudios que desde la investigación científica indaguen en las confluencias entre sus ideas pedagógicas y su quehacer como periodistas.

Por un lado, los Estudios Históricos de la Comunicación en Cuba han connotado el valor de estos hombres en la configuración de una identidad propia en su campo profesional. La Pedagogía Cubana por su parte, los ha legitimado como fundadores que sustentan la esencia del modelo educativo vigente en el país. En esta última dirección ha desempeñado un rol meritorio la Asociación de Pedagogos de Cuba, estimulando la aproximación científica a la obra pedagógica de figuras insoslayables del magisterio cubano, como Félix Varela, José de la Luz y Caballero, Enrique José Varona y José Martí.

La producción de investigaciones históricas sobre la Pedagogía en Cuba, ha sido estimulada teniendo en cuenta no sólo su importancia para la consolidación de la identidad nacional, sino también debido a la contribución que hace al hallazgo de alternativas para solucionar problemáticas socio-educativas actuales (Guzmán, Pérez y Buenavilla, 2009). Sin embargo,

no ha primado este análisis en la sistematización del quehacer de maestros que trascienden a la vez, por su labor en instituciones escolares y el ejercicio de un periodismo volcado a la expresión de su pensamiento pedagógico, al arraigo de la cultura y los valores humanos.

Si bien los estudios sobre figuras paradigmáticas del Periodismo son una praxis común en la investigación académica que se desarrolla en las universidades cubanas donde hoy se estudia la Carrera, se propende en ellos a una memoria biografiada de la personalidad escogida, sin revelar su legado pedagógico a la formación inicial del periodista, en el escenario formativo actual de ese profesional en la Isla.

La orientación a hacer de los medios de comunicación cubanos una plataforma eficaz de expresión para la cultura y el debate, que informe de manera transparente sobre el desarrollo de la obra de la Revolución y reflexione en torno a los problemas e insuficiencias que deben enfrentarse, constituye una prioridad en el contexto del perfeccionamiento integral de la sociedad socialista. Los nuevos modos de producción y consumo del conocimiento generados por el progreso de la ciencia y la tecnología, exigen de los profesionales del periodismo una dualidad necesaria: el encargo social de satisfacer las necesidades crecientes de información, y el de formar a los futuros periodistas, dotados de una visión educativa de los medios.

Aprovechar sus ventajas como herramientas para el desarrollo de la cultura y la economía, requiere la adopción de acciones creativas, a tono con los tiempos emergentes. Pero también de las ideas en que se asienta el progreso de la nación; del trayecto por la historia de la prensa cubana y las claves que aportaron sus exponentes más revolucionarios, para educar desde la Comunicación, pudieran emerger procedimientos didácticos y praxeológicos que beneficien el proceso de profesionalización temprana del futuro periodista, conforme a los fundamentos que sustentan la Educación Superior Cubana actual.

El presente trabajo se propone sistematizar algunas pautas pedagógicas para la formación del profesional de la prensa que marcaron figuras relevantes de la intelectualidad cubana. Se parte del supuesto de que, a partir de su formación humanista, el pensamiento de dichas figuras ofrece pautas significativas que poseen vigencia para la formación de un profesional competente y comprometido con el perfeccionamiento del modelo social cubano.

El estudio resulta de importancia en la valoración de antecedentes históricos que favorecen una mirada a la evolución del proceso formativo del profesional del Periodismo en Cuba. Asume como principal categoría de análisis la formación, definida por Ferry (1950, p.52) como “un proceso de desarrollo individual tendiente a adquirir o perfeccionar capacidades”, que transcurre durante toda la vida, supone requisitos sociales como la interacción, pero adquiere sentido sólo cuando incluye una acción reflexiva: “Formarse es reflexionar para sí, para un trabajo sobre sí mismo, sobre situaciones, sobre sucesos, sobre ideas” (Ferry, 1990, p.54).

Aunque la formación no se limita a las acciones educativas, ella reviste una connotación especial cuando ocurre como un acto organizado, en una institución docente. De esta manera, adquiere particular interés para este estudio el término formación en la Educación Superior Cubana, que “se emplea para caracterizar el proceso sustantivo desarrollado en las universidades con el objetivo de preparar integralmente al estudiante en una determinada carrera universitaria (...)” (Horruitiner, 2007, p.13).

La formación integral del joven universitario, una de las premisas esenciales de este nivel de enseñanza en Cuba, encuentra ideas nutricias en la sólida preparación científica, cultural, filosófica y política, de que se tiene testimonio en las páginas de relevantes publicaciones periódicas del siglo XIX, de las que fueron asiduos colaboradores las figuras de referencia.

La sistematización de experiencias se revela pues, “como método para impulsar procesos de reflexión crítica, intencionalmente dirigidos a lograr profundas transformaciones

individuales, colectivas y sociales” (Capó et al., 2010, p.7), a través del vínculo dialéctico entre la investigación, la acción y la formación. En este sentido, descubre su utilidad como estrategia metodológica que contribuye al perfeccionamiento del proceso formativo en las instituciones de Educación Superior, desde la reconstrucción ordenada de la experiencia y su interpretación crítica, como bases fundamentales para construir propuestas transformadoras.

En estas concepciones teórico-metodológicas subyace el reconocimiento a la esencia pedagógica de una profesión, que contribuye a la continuidad de la cultura, los valores y la historia de la nación, desde el realce de la función socio-educativa que le confirieron al Periodismo cubano sus padres fundadores.

1. Desarrollo.

1.1 Padres fundadores del Periodismo en los albores de la prensa en Cuba.

El siglo XIX fue para Cuba de luz y coincidencias: unos a otros se legaron la antorcha genuinos patriotas que en la génesis de la nacionalidad, añoraron para la Isla el bien y la prosperidad. En las páginas del *Papel Periódico de La Havana* figuraba ya la firma del Padre José Agustín Caballero, cuando se inició en la prensa la polémica acerca de si el Periodismo debía ser cultural o científico. Más allá de las notas sobre la entrada y salida de los barcos, la compra-venta de esclavos y el arancel de precios al por mayor que predominaron en los medios impresos surgidos en la segunda mitad del siglo XVIII, las revistas que aparecen hacia fines del primer tercio del siguiente, devienen testimonio de la sólida preparación científica, filosófica y política de quienes las redactaron.

En ellas salió a relucir la función informativa sobre la producción del pensamiento universal, que en el ambiente literario de la Colonia y la perseverante lucha por la

aspiración a la cubanidad, tuvo como precursores al Padre José Agustín Caballero, el presbítero Félix Varela, su discípulo José de la Luz y Caballero, y José Antonio Saco. Publicista por excelencia este último, tuvo a su cargo la dirección de la *Revista Bimestre* desde que – tras su fundación en 1831 – quedara a cargo de la Sociedad Económica. La expresión de su pensamiento en ella giró en torno a tres puntos fundamentales: la abolición de la trata negra, los inconvenientes de la anexión y la reforma de los ramos de la administración pública.

De sus escritos para esa publicación – de perfil excepcional en el mundo hispánico de la época – irradian cualidades que todavía hoy son de significación atendible en la enseñanza de un Periodismo que interroge a la realidad y la convierta en objeto de reflexión. Saco incurrió en complejos instrumentos para describirla e interpretarla, desde la aplicación de procedimientos estadísticos que denotaban su capacidad para examinar los acontecimientos; se anticipó al empleo de métodos para emprender la investigación social, con lo cual modificó las herramientas para indagar en temas controvertidos como la población blanca en la Isla y los beneficios de la abolición de la esclavitud. Esa innovación en el proceso de manejo de los datos, trajo consigo asimismo una nueva forma de presentar los contenidos, que junto a la solidez de sus juicios y la actualización permanente de sus conocimientos, hacían de él un periodista excepcional.

El destierro de Saco impidió la repartición del décimo número de la *Revista Bimestre*, pero le sucedieron otras que a semejanza de ella, devinieron verdaderos exponentes de la misión orientadora de la prensa en un período histórico. A mediados de siglo aparece la *Revista de La Habana*, de menos relieve pero de importancia innegable en la vigilancia intelectual de lo europeo desde el balcón nacional. Sus páginas reflejan el auge que alcanzan las Ciencias Naturales y sobre todo, las aplicaciones industriales.

Pero fue su sucesora, la *Revista de Cuba*, de importancia mayor en la reafirmación de una tradición cultural propia, el reflejo de la actualidad cubana y las corrientes ideológicas del

mundo. Apareció en 1877 y se le consigna entre las influencias que coadyuvaron a la formación del espíritu cubano, en el período que siguió a la Guerra de los Diez Años, hasta que dejó de publicarse en 1884.

En ella publicó José Antonio Saco *La esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*; aparecieron los estudios literarios y filosóficos de Enrique José Varona, quien además incluyó en ella textos de referencia como *Ojeada sobre el movimiento intelectual en América* y *La Metafísica en la Universidad*; colaboraron en ella otros autores de prestigio como Francisco de Arango y Parreño⁹ y Manuel Sanguily.¹⁰ Además, sus redactores dieron a conocer artículos ya publicados por José de la Luz y Caballero en la primera mitad del siglo, con el propósito de vincular la más reciente producción intelectual de la Isla, a la tradición del pensamiento cubano del que Luz era genuino exponente.

Educador y formador de jóvenes rebeldes, el fundador del Colegio El Salvador fue también periodista de oficio. Varona lo apreció como el pensador de ideas más profundas y originales con que se honraba el Nuevo Mundo. Su labor pedagógica es extensa. No lo fue tanto la obra que legó a la posteridad, porque casi toda su vida la consagró a la enseñanza en el aula. Sus consideraciones acerca de la educación en el país y su saber científico, han trascendido en parte gracias a sus publicaciones en la *Revista Bimestre* y a la reproducción de algunos textos de su autoría en la *Revista de Cuba*. La prensa, como la escuela misma, constituía para él oportunidad para dilucidar los problemas de la enseñanza, y espacio para la enseñanza misma, para la ilustración de la cultura y el cultivo de las virtudes necesarias para vivir en sociedad.

El sentir propio de una comunidad con savia de nacionalidad, lo heredó Luz de su maestro: Félix Varela. Con él, a partir de 1810, se ilumina la conciencia cubana de una minoría inquieta, que porta los gérmenes alteradores de la emancipación. Al proclamarse en España la Constitución de 1812, Varela se inició como profesor de Derecho Constitucional en una Cátedra creada a estos efectos en el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, de

La Habana. Si bien desde esta experiencia se inició en las pautas más contemporáneas para gobernar a los pueblos, fue en el periódico *El Habanero* donde dio muestras contundentes de su educación política.

La restauración al poder de Fernando VII trajo consigo que el sector más conservador de la clase de los hacendados cubanos, recobrase su influencia. En 1824 el Rey dispuso la creación de comisiones militares para juzgar a los enemigos de los legítimos derechos del trono. Varela fue considerado uno de ellos por su postura en las Cortes Españolas de 1822 y 1823, antes las cuales presentó, en su condición de diputado electo por Cuba, un dictamen que incluía tres proyectos de leyes sobre: la abolición de la esclavitud, el gobierno y la independencia de las provincias americanas.

Exiliado en Estados Unidos, comenzó a editar en 1824 *El Habanero*, donde subyacen los conceptos básicos de su ideología: la independencia absoluta, la independencia a través de la revolución, y la independencia por exclusivo esfuerzo propio. Tras haber renovado en la Isla la enseñanza de la Filosofía y haber introducido las ideas liberales desde el ejercicio del magisterio constitucional, Varela fue igualmente el primer cubano intelectual que puso su talento y su pluma al servicio de la causa libertadora de su pueblo. Sus artículos se distinguen por la severidad en el análisis y a la vez, la sencillez en el lenguaje con que enarboló los argumentos a favor de la soberanía nacional. Aunque en la *Revista de La Habana* y *Bimestre* figuró también su firma, fue en este periódico donde se consumó como el iniciador del periodismo revolucionario cubano.

La simiente liberal que el Padre José Agustín Caballero sembró en Varela, su discípulo, se esparció a lo largo del siglo XIX, que fue también el de Luz, Saco, Martí y Varona. Herederos unos de otros en el tiempo, compartieron además del saber científico, cultural y filosófico, la cosmovisión humanista de la prensa. Los periódicos y revistas de los que, en todos los casos, fueron redactores de oficio, emergieron bajo su pluma como instrumentos de formación del ser colectivo, para empezar a sentir a la nación; como medios para

contrarrestar con la prédica de la virtud, la atmósfera de intereses lucrativos y despotismo en que la metrópoli española tenía sumida a Cuba; como cuadernos para divulgar la creación artística, científica y literaria, con una función de orientación hacia la crítica y la interpretación; como manuales de Periodismo en que aprender sobre los temas, y la manera de abordarlos.

¡Qué bella, qué fecunda docencia! Esa es la tradición que desemboca en Yara; la que impulsa a los hombres del 68; la que recogen los autonomistas; la que halla resonancia creadora en la mente de José Martí; la que recibe, a partir del Zanjón¹¹, Enrique José Varona (Vitier, 1937, p.106).

2. Patria y estilo en el periodismo de Enrique José Varona.

Enrique José Varona se alzó en los campos de Cuba contra la dominación española. Sin embargo, a los pocos meses retornó enfermo a la quietud de su hogar: “Tantos años soñando con ser un hombre de acción” (Varona, citado por Roa 1949, p. 496) – le confesaría ya en la ancianidad a Juan Marinello¹², con la angustia de aquel fracaso intacta. Durante los diez años que duró la contienda bélica, se recluyó en su biblioteca. Estudió la historia de América y sus aportes a la cultura universal, cultivó su pasión por los estudios lingüísticos e indagó en cuanto noticia sobre el progreso de la ciencia y las artes leyó en la prensa de la época.

No es lícito decir que se refugió en casa, más bien que aprendió la lección anticipada de estar allí donde se es más útil. Fue esa la etapa en que germinó su formación filosófica, y brotaron sus aptitudes como crítico literario y pensador político-social; fue esa la etapa en que a sus ojos asomaron las ideas de José Agustín Caballero y el presbítero Félix Varela:

(...) afila sus armas para los grandes combates que le reserva el futuro. Lee, estudia, reflexiona, compara. Bruñe la prosa y embrida el estilo (...). Al concertarse la tregua del Zanjón, Varona se estableció en La Habana. Su firma apareció, en seguida, en los principales diarios (Roa, 1949, p. 496).

En 1879 subió por primera vez a la tribuna, para dar inicio a un ciclo de conferencias filosóficas que más tarde aparecieron en la *Revista de Cuba*, de la que fue colaborador asiduo: “A la juventud cubana – las dedicaba – en cuyo corazón deseo fervorosamente que jamás se extinga el amor a la ciencia, que conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad” (Varona, citado por Roa 1949, p. 497). Desde la prensa y la tribuna, cultivó la capacidad de los cubanos para interpretar los hechos, para dialogar con voces internas, para equiparar argumentos y construir *per se* las conclusiones. En sus discursos y textos periodísticos corría por igual la savia del ideal independentista; su amor a la Patria hilvanaba los más disímiles temas.

Enrique José Varona fue precursor en Cuba de una prensa consagrada al enriquecimiento de la cultura, al (re)conocimiento de la historia y la continuidad de las tradiciones patrióticas. No obstante, su quehacer como intelectual ha trascendido sobre todo, por sus estudios filosóficos y su trayectoria como pedagogo. Menos conocida, es su producción periodística en importantes publicaciones de la época.

Durante años publicó en *El Fígaro* y otros medios de renombre, críticas en las que examinaba obras de la literatura clásica a la luz de novedosas tendencias culturales; artículos en los que apostaba por esclarecer el pensamiento de los cubanos sobre la situación política de la isla, desde la reflexión histórica sobre la realidad de naciones foráneas atadas al yugo colonial, y las enseñanzas de la emancipación democrático-burguesa en Europa; ensayos que lo revelan como el más genuino exponente de su tiempo, del discurrir sobre la evolución de las ideas en Cuba.

Su producción periodística es tan ágil que ya en 1891, titula un libro *Artículos y discursos*, una selección que devela las relaciones intertextuales entre la oratoria y la prosa reflexiva en el escenario político del siglo XIX cubano. Otros posteriores - *Desde mi Belvedere* (1907) y *Violetas y ortigas* (1917) – compilan en su mayoría artículos literarios, que dan fe de su vasta cultura.

Fue artífice de un género que convidaba a la reflexión y privilegiaba, por sobre la severidad del dato, la profundidad en el análisis; un género en el que la libertad estilístico-formal concedía asimismo autonomía al lector para reescribir el texto a partir de sus propias experiencias, para interactuar con él desde las realidades privadas; un género que otorgaba a la subjetividad tanto valor como a la naturaleza objetiva de los hechos; que daba crédito a la intuición y no levantaba parapetos para convencer, sino que proporcionaba ideas susceptibles de ser compartidas; un género que problematizaba la realidad para suscitar respuestas, soluciones. El ensayo periodístico adquirió auge en un periodo en el que fecundarían las ideas, el hábito de escucharse y repensar “*el destino manifiesto*” de Cuba, sumida en las diatribas del colonialismo, la propaganda autonomista y la tendencia conservadora.

Sus publicaciones para los medios de prensa de la época exhibían un lenguaje elegante – pero ameno y conciso – más afín con la diversidad de públicos que incluso fuera de Cuba leía sus trabajos. Con los emigrados cubanos se puso contacto al estallido de la Guerra Necesaria en 1895, año en que se trasladó a New York. Su correspondencia con Martí había sido intensa, y el Apóstol lo veneraba hasta el punto de haberle confesado en una de sus cartas: “Yo no veo en mi tierra, fuera de los afectos naturales de familia, persona a quien deba yo querer más que a Ud., por la limpieza de su carácter y la hermosura de su talento” (Martí, 1887, p.330). Acaso por esa admiración confesa, la devoción por Cuba liberada y las aptitudes que como periodista había demostrado, le fue confiada a Varona la dirección del periódico *Patria*, tras la muerte de su fundador.

Desde el 25 de octubre de 1895, en la fachada de *Patria* apareció – bajo el letrero que recordaba “*Periódico fundado por José Martí*” – el nombre de Enrique José Varona como su director. Los más de 300 trabajos que publicó en lo adelante, ostentaban un periodismo político, de combate, enfocado a analizar la situación de la isla durante la Guerra Necesaria.

No obstante su trayectoria periodística comprometida e intensa, esta arista de su vida ha trascendido mucho menos que su obra pedagógica. A Enrique José Varona se le recuerda más por su labor al frente de la Secretaría de Instrucción Pública, cuando acometió la reorganización de la enseñanza superior y secundaria en Cuba. Pero, también como periodista, Varona devino maestro de sus contemporáneos.

El estilo que imprimió a sus textos periodísticos – caracterizados por una renovación ética y estética – influyó en jóvenes intelectuales de la primera generación republicana, que abrieron espacios para el debate sobre la situación política en Cuba, en publicaciones periódicas de la época. En las páginas del periódico *Ahora* (1931) y en revistas como *Carteles* (1919), *Social* (1916), *Bohemia* (1908), la *Revista Bimestre Cubana* (1910) y la *Revista de Avance* (1927) aparecieron firmas tan sobresalientes como las de Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, Emilio Roig de Leuchsenring, Alejo Carpentier y Fernando Ortiz, herederos de la simiente de redención que distinguía a la obra periodística varoniana.

3. La prensa como Cartilla Revolucionaria: simbiosis del Periodismo y la Pedagogía en Martí.

Con Enrique José Varona compartía Martí la idea de que la educación debía ser esencialmente científica. En muchos trabajos periodísticos, dejó esbozadas sus concepciones acerca de cómo debía ser la enseñanza en la República que aspiraba a fundar: preparar al hombre para la vida, dotarlo de habilidades prácticas en correspondencia con los imperativos de la época y proporcionarle conocimientos que en vez de atiborrar su intelecto con alegorías vanas, lo ayudaran a suplir sus necesidades, fueron premisas sobre las que incesantemente tornó su pensamiento en la prensa:

El hombre tiene que sacar de sí los medios de vida. La educación, pues, no es más que esto: la habilitación de los hombres para obtener con desahogo y honradez los medios de vida indispensables en el tiempo en que existen (...)
(Martí, 1884a, pp. 428-429).

José Martí fue protagonista de una época de convulsas transformaciones, producto de la incorporación de América Latina a la modernidad, concepción socio-cultural generada por la civilización industrial de la burguesía del siglo XIX (Rotker, 1992). El trascendental cambio que ella representó se expresa, entre otros rasgos, en el predominio de la racionalidad económica capitalista; la centralidad de la ciencia y la ampliación del conocimiento humano; el reconocimiento a la inteligencia como requisito para avanzar en la sociedad; la subversión del viejo orden basado en el derecho divino y la desigualdad estamental; el desplazamiento de la iglesia por el Estado, que se erige en fuente de legitimidad y eje de la estructuración de la vida social moderna; la igualdad formal del individuo ante la ley y la formulación de una ética ciudadana; la percepción de un desarrollo constante, motivado por la expansión económica y política de Estados Unidos y los imperios europeos (Giddens, 1999, citado por García, 2013).

Dichas características repercutieron a su vez, en fenómenos que irían modificando la fisonomía y funcionamiento de la sociedad: se produjo una urbanización acelerada que rompió la sujeción a la tierra y los viejos lazos patriarcales – como resultado, grandes masas de campesinos fueron proletarizados –; germinó la sociedad de masas como nueva dimensión del espacio público; la industrialización trajo consigo que la manufactura, el comercio y la banca devinieran el centro de la vida económica; con el fortalecimiento del Estado-nación, la comunicación asumió un nuevo rol como instrumento para el manejo de la opinión pública.

En medio de esas transformaciones sociales, político-económicas y culturales que atravesaban el continente, Martí se desempeñó como corresponsal y colaborador asiduo de publicaciones latinoamericanas, que anunciaban el surgimiento del periodismo moderno. En 1883, en la *Revista de Cuba* pudieron leerse estas letras suyas, que describían “la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta” en que la modernidad había sumido a los intelectuales: “(...) esta época de elaboración y transformación espléndidas (...) es para los poetas –, hombres magnos, – por la confusión que el cambio de

estados, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores (...)” (Martí, 1883b, p.227); y acota enseguida el modo en que también repercutía esta conmoción social y espiritual en los procesos comunicativos:

Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto y hábito, y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. (Martí, 1883a, p. 227).

Otro de los rasgos de la modernidad fue, precisamente, la aparición de la prensa como medio de información asequible a una gran masa de lectores. La industrialización capitalista materializaba la aspiración de aumentar el mercado de consumidores, según crecían los volúmenes productivos de mercancías gracias a la introducción de nuevas máquinas. El desarrollo tecnológico de la imprenta condicionó que también la palabra escrita, fuera encauzada hacia el dominio de las leyes del mercado. De manera que – debido a las posibilidades de distribución y alcance masivo de la prensa, optimizadas por el avance científico-tecnológico – se produjo, a la par de las transformaciones mencionadas, una verdadera revolución mediática.

A pesar de la mercantilización de la prensa, Martí distinguió claramente las funciones que ella debía cumplir en la sociedad: no informar de manera ligera y frívola, sino contribuir a la interpretación de los hechos; opinar sobre asuntos que necesitaran orientación y esclarecimiento; proponer soluciones, establecer y fundamentar enseñanzas. Entre los temas a los que concedía particular relevancia para el desarrollo individual y el progreso de una nación, estaba la educación de sus hijos; por lo que éste devino un asunto recurrente en sus publicaciones periódicas.

La ocupación de periodista sirvió a Martí para dar forma a sus ideas pedagógicas. Que el vehículo no fuera adecuado para una exposición sistemática, no quita unidad ni solidez a la estructura. Basta, para cerciorarse, reunir los artículos y los retazos de crónicas en que trató de cuestiones de actualidad relacionadas con la enseñanza. El comentario, por si no fuera suficiente la selección del tema, va dejando el rastro del juicio de Martí sobre todos los aspectos de la educación humana. (Portuondo, 1961, p. 23).

En 1874 se licenció de Filosofía y Letras y obtuvo el grado de Licenciado en Derecho Civil y Canónico en la Universidad de Zaragoza, pero en lo adelante el magisterio y el periodismo le proporcionarían a la par, la remuneración necesaria para sustentar su vida, y espacios para dar cauce a su vocación humanista. En marzo de 1875, a pocos meses de haber completado sus estudios universitarios, apareció su primera crónica en la *Revista Universal*, con lo cual dio inicio a una etapa de intensa actividad periodística, como cronista de los principales diarios del continente americano.

Su voluntad latinoamericanista y la madurez profesional alcanzada en la *Revista Universal*, lo condujeron a proponerse en marzo de 1878 la salida de una publicación propia, a la que pensaba llamar *Revista Guatemalteca*. Desde su arribo a la capital de Guatemala en abril de 1877, había empezado a trabajar como profesor de la Escuela Normal que dirigía el cubano José María Izaguirre; en mayo de ese año fue además nombrado catedrático de Literatura e Historia de la Filosofía en la Universidad de Guatemala; en el mes de julio comenzó a impartir, gratuitamente, clases de Composición en la Academia de Niñas de Centro América. Aunque su *Revista Guatemalteca* no llegó a editarse nunca, su ideario pedagógico, fundado en valiosas experiencias docentes, hallaría en otras publicaciones del continente soportes para desplegarse.

También en *El Porvenir* y *El Economista Americano* aparecieron textos periodísticos afines al tema. Pero fue en la revista mensual *La América* donde con mayor sistematicidad expuso los principios en que se sustentaba su pensamiento pedagógico: “La educación tiene un deber ineludible para con el hombre, – no cumplirlo es crimen: conformarle a su tiempo

(...). Que el hombre viva en analogía con el universo, y con su época (...)” (Martí, 1884a, p. 430). El Maestro – apelativo con que lo fue identificando la emigración cubana en Estados Unidos – consideraba que todo empeño puesto en difundir la instrucción era vano, cuando no se acomodaba a las necesidades, el porvenir y la naturaleza propia de quien la recibía.

En los albores de una época a la cual equiparaba con una “*máquina encendida y humeante que ya viene rugiendo por la selva*”, las transformaciones en la enseñanza se le revelaban como necesarias para contribuir a que las personas se desarrollaran con éxito en una sociedad donde la ciencia y la tecnología avanzaban vertiginosamente.

En Escuela de Electricidad llama a quienes conducen las máquinas de vapor “*caballeros de la nueva usanza*”, un epíteto que insinuaba la importancia de aprender profesiones u oficios a tono con las demandas de los nuevos tiempos; esa alegoría se convertía a la vez en recurso para reflexionar acerca de la pertinencia de adaptar la escuela a la vida, de renovar los métodos y repensar los contenidos: “En tiempos teológicos, universidad teológica. En tiempos científicos, universidad científica. Pues ¿qué es ver una cosa, y no saber qué es?” (Martí, 1883a, p. 281).

La devoción por la obra salida del trabajo humano y la sensibilidad por lo hermoso del mundo natural, distancian a Martí de posiciones obnubiladas que en la época, reducían la noción de progreso al impacto de las transformaciones en la industria. El estudio de la naturaleza – por cuyo orden admirable y nunca contradictorio decía sentirse encantado – se le revelaba como un ejercicio más provechoso que el estudio de lenguas muertas; de ahí que varios de sus trabajos para la revista neoyorkina *La América*, estuvieran dirigidos a ilustrar los beneficios de la agricultura como medio para sustentar la vida del hombre.

De la prensa se serviría una vez más, como instrumento viable para comunicar ideas necesarias a los hombres de un tiempo, que trascendieron a todos los tiempos debido a la

claridad y la belleza con que reflexionó, sin dar la espalda a la dimensión humana del progreso científico, sobre la necesidad de asimilar los adelantos técnicos al cultivo de la tierra. Recorrió desde la razón primera de existir en ella – a las aves, alas; a los peces, aletas; a los hombres, el conocimiento de la Naturaleza – hasta el consejo sabio de estimular el aprendizaje en la práctica, para iniciarse en el gusto por el trabajo encariñándose con las terquedades y curiosidades de la tierra. De pie sobre sus capas había que enseñar al joven campesino las partes del arado, que podían aparecer confusas nombrándolas a través de un esquema en la pizarra.

Las frecuentes exposiciones de la época donde se exhibían modernos instrumentos agrícolas, de poco servían si no se llevaban éstos a las estaciones de cultivo. Y fue en la prensa donde Martí asignó a la figura del maestro, la misión de llevar a los campos no el alarde de avances novedosos, sino el conocimiento de *“cosas de alma, gobierno y tierra”* (Martí, 1884c, p.16), que permitieran a los labriegos sentir de orgullo de sí mismos, ante la importancia concedida a su labor para el desarrollo del país.

La naturaleza agrícola de los pueblos americanos, y los beneficios que a ellos podía reportar el cultivo, demandaban la introducción de nuevas técnicas que sustituyeran los sistemas rutinarios de arar, sembrar y recoger. Hacían falta maestros que emprendieran por valles, montes y rincones, esa campaña de ciencia y de ternura, para que en una misma parcela se sembraran frutos, conocimientos, amor hacia el oficio, y consagración a la Patria.

Junto a otras estructuras sociales como la familia y la escuela, la prensa se desdoblaba para Martí en entidad formadora, reflejando patrones de comportamiento útiles para la construcción y reconstrucción de identidades individuales y colectivas. Al derivarse los valores de experiencias significativas que tienen su origen en la interacción social, la formación de los mismos integra lo racional y lo emocional de la espiritualidad humana: *“Para los medios esto constituye una referencia práctica (...) en el sentido de que la*

sensibilidad, el humanismo y la belleza (...) pueden ser vehículos indispensables de esta labor” (García, 2013, p.88).

Como queriendo revelar esta relación nupcial entre los contenidos y el estilo, al final de su artículo “*Trabajo manual en las escuelas*” – donde reflexiona acerca de las ventajas físicas, mentales y morales que proporciona el cultivo de la tierra – Martí agrega una idea que equipara la fertilidad con que ésta premia a quienes la trabajan, con la praxis de un periodismo que interroga a la realidad, y la comunica con franqueza y elegancia: “*De textos secos, y meramente lineales, no nacen, no, las frutas de la vida*” (Martí, 1884b, p. 288).

Desde su entrada en marzo de 1875 a la redacción de la *Revista Universal* hasta la publicación de *Patria*, su periodismo transitó del lenguaje metafórico ilimitado, a la expresión más concisa de las ideas, el uso de frases cortas, sentenciosas, y la disposición premeditada de la puntuación, que confería a sus textos periodísticos un ritmo cadencioso particular. Ya desde 1881 – en que firma un contrato con la *Opinión Nacional*, diario de Caracas estimado como el primer periódico moderno del país suramericano – es apreciable la maduración estilística del escritor; en ese medio inició la publicación sistemática de sus crónicas, género a través del cual se asomaría el texto periodístico al modernismo, conjunto de formas literarias que traducen las diferentes maneras de la incorporación de América Latina a la modernidad (Rotker, 1992).

Sin embargo, la madurez del periodismo martiano no se extingue en las Escenas Norteamericanas, título bajo el cual han sido compiladas las crónicas que dirigió a diferentes periódicos del continente, como corresponsal en New York. También los escritos publicados en *Patria*, ostentan las cualidades estilísticas de una prosa que ofrendaba a la causa independentista hermosura y lucidez. Si bien hacia finales del siglo XIX la inmediatez y la concisión comenzaron a imponerse como requisitos de un periodismo que se desligaba de las Bellas Artes, el altruismo que contagiaba a Martí la fundación de una República en Cuba – así como la soberanía de Puerto Rico –, propició que en aquel

periódico nacido para la libertad, aflorara un sistema expresivo estético en el que se abrazaban la ideología y la estilística.

Desde su primera entrega, el periódico estuvo consagrado a enaltecer las preocupaciones y méritos de quienes ejercían el magisterio, a través de breves notas que el propio Martí definiera como “semillas”, porque referían siempre asuntos que a su juicio eran indispensables para que germinaran las naciones. Así, la educación cobró en *Patria* un valor que – como semilla de hombres – debía propagarse por el viento, y preservarse en la memoria para ser retomada en el futuro, por lo que era imprescindible también, el arte con que esas ideas se hicieran llegar a los lectores.

La sección *En Casa*, ha trascendido por ser un compendio de crónicas sociales donde la exaltación de las cualidades de hombres y mujeres que integraban la colonia cubana de New York, tuvo como propósito demostrar la capacidad de los cubanos y los puertorriqueños para fundar sus naciones. Allí se habló de las conferencias y lecciones que sobre disímiles materias se impartieron en centros obreros, logias masónicas, sociedades benéficas y culturales; se habló de La Liga, espacio para la instrucción creado por los clubes revolucionarios, donde tras concluir su jornada se reunían los trabajadores para aprender “*letras necesarias*”, y a donde acudían también las hijas “*que en el destierro aprenden las virtudes y gracias con que volverán mañana a la tierra natal*”; allí se habló del comerciante que se tornaba en maestro de Gramática, del médico que se bifurcaba en profesor de Inglés, y de Ignacio Agramonte¹³, que durante la Guerra Grande enseñaba a su criado, “*esclavo suyo ayer, las letras de la constitución en que él había escrito su carta de libertad, una constitución donde no hay blancos ni negros (...)*” (Martí, 1892, p. 351).

“Casas de cariño y enseñanza” nombraba Martí a esas escuelas en las que entre dulces criollos y helados aprendían unos a leer y a escribir, mientras se hundían otros en la lectura de Plutarco. A la par de infundir las razones de Cuba para erigirse en nación independiente, se entibiaban las tardes nevadas del exilio con lecturas de poesía, clases de Geografía y

Aritmética, días de escuchar al piano una obra de Chopin, o a coro de los mismos obreros, La Bayamesa.

Conclusiones.

La sistematización del quehacer periodístico de figuras relevantes de la prensa en Cuba, que nutrieron con voluntad de fundadores el espíritu nacional en publicaciones impresas del siglo XIX, puede contribuir al hallazgo de procederes didácticos y praxeológicos que beneficien la formación actual del profesional del Periodismo. Desde esta perspectiva, la Investigación de la Comunicación Social en Cuba puede abrirse a una nueva línea de desarrollo, que connote el valor de los Estudios Históricos para el perfeccionamiento de los procesos formativos de la Educación Superior, en los perfiles profesionales de este campo.

Como expresión de lo anterior, en el estudio que se presenta emergen como regularidades: el ejercicio del Periodismo en los albores de la prensa en Cuba, por figuras con una sólida formación humanista; el compromiso de su producción intelectual con el desarrollo espiritual y moral del hombre; la confluencia de su labor periodística con el ejercicio del magisterio, como praxis que enriqueció las primeras manifestaciones del Periodismo en la Isla. José Agustín Caballero, Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Enrique José Varona y José Martí, nutren el surgimiento de una prensa llamada a la consolidación del espíritu nacional, el desarrollo de valores y patrones de vida honrados, y la brecha a la satisfacción de aspiraciones individuales y colectivas.

El propósito de hacer de los medios de comunicación cubanos una plataforma de expresión para la cultura y el debate, puede encontrar referentes claves en el balance retrospectivo de esfuerzos convenientemente fundados, que han favorecido el propósito de contribuir a la práctica de un periodismo que implique la reflexión sistemática sobre los aspectos formativos de la información de actualidad; un periodismo que refuerce patrones de

comportamiento útiles para la construcción y reconstrucción de identidades individuales y colectivas; que contemple la actualidad teniendo en cuenta el beneficio de los públicos, al estimular sus posibilidades personales de participar responsablemente en la vida social; un periodismo, en síntesis, que coloque la perspectiva de la Educación a disposición de los periodistas.

R
y
P

Referencias.

- Capó, W. et al. (2010). *La Sistematización de Experiencias: un método para impulsar procesos emancipadores*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Ferry, G. (1990). *El trayecto de la formación. Los enseñantes entre la teoría y la práctica*. México DF: Paidós.
- García, J. (2013). *Revolución, socialismo, periodismo. La prensa y los periodistas cubanos ante el siglo XXI*. La Habana: Pablo de la Torriente.
- Guzmán, A., Pérez, S. y Buenavilla, R. (2009). *Alternativas metodológicas para estudios históricos y de figuras representativas de la educación*. La Habana: Sello Editor Educación Cubana. DOI: 978-959-18-0884-4.
- Horrutiner, P. (2007). La Universidad Cubana: el modelo de formación. *Revista Pedagogía Universitaria*, XII (4), pp. 1-157.
- Roa, R. (1949). Enrique José Varona en su centenario. En Fresneda, E. (2007). *Raúl Roa: homenaje en sus textos de fuego*. Tomo 2. La Habana: Imagen Contemporánea.
- Martí, J. (noviembre de 1883 a): Escuela de Electricidad. La América. En Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Tomo VIII, pp. 281-284. La Habana: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1883 b). Prólogo al Poema del Niágara. *Revista de Cuba*, tomo XIV. En Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Tomo VII, pp. 223-238. La Habana: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (enero de 1884 a). Reforma esencial en el programa de las universidades americanas. Estudio de las lenguas vivas. Gradual desentendimiento del estudio de las lenguas muertas. La América. En Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Tomo VIII, pp.427-430. La Habana: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (febrero de 1884 b). Trabajo Manual en las Escuelas. La América. En Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Tomo VIII, pp.285-288. La Habana: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (junio de 1884 c). La Escuela de Artes y Oficios de Honduras. La América. En Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Tomo VIII, pp. 15-16.
- Martí, J. (1887). Carta a Enrique José Varona. Consulado de Uruguay, 13 de septiembre de 1887. En Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Tomo XX. La Habana: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (marzo de 1892). Patria tiene hoy por deber primero... Patria. En Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Tomo I, pp.348-351. La Habana: Ciencias Sociales.

Roa, R. (1949): Enrique José Varona en su centenario. En Fresneda, E. (comp.)/Alonso, G. (ed.) (2007). *Raúl Roa: homenaje en sus textos de fuego*. Tomo 2, pp. 492-515. La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea.

Portuondo, F. (1961). *José Martí*. Educación. 2da Ed. La Habana: Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

Rotker, S. (1992). *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas.

Vitier, M. (1937). *Varona, Maestro de juventudes*. La Habana: Trópico.

Vitier, M. (2002). *Las ideas en Cuba. Proceso del pensamiento filosófico y crítico en Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.

¹ Licenciada en Periodismo en el año 2007. Profesora Auxiliar e Investigadora del Departamento de Periodismo de la Universidad de Oriente en Cuba. Actualmente Coordinadora de la Carrera Periodismo y Doctorante en Ciencias Pedagógicas, su formación postgraduada ha estado dirigida al perfeccionamiento de la formación inicial del periodista en Cuba, desde la indagación en las tendencias pedagógicas y didácticas más actuales. Mantiene vínculos con la redacción informativa de emisoras de radio en Santiago de Cuba. Correo electrónico: marig@uo.edu.cu

² Sociedad Económica de Amigos del País: Forma institucional surgida en Cuba en 1793 para beneficiar a sus moradores. Marcó un viraje en la preocupación por la atención a la escolarización, los problemas económicos, sociales y políticos por los que atravesaba el país. Por ella transitaban los más notables intelectuales cubanos promotores de las ideas progresistas.

³ José Agustín Caballero (1762-1835): Sacerdote cubano de importancia como orador sagrado, periodista del *Papel Periódico* y estudioso de las instituciones políticas y administrativas que más convenían a la Cuba colonial. Catedrático del Colegio de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, preconizó reformas educativas y combatió la Filosofía escolástica.

⁴ Félix Varela Morales (1788-1853): Iniciador de la ideología de la independencia cubana. Sacerdote y profesor del Colegio de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, llevó a cabo una reforma fundamental en el contenido y el método de la Filosofía. Desde las páginas del periódico *El Habanero*, se convirtió además en precursor de la propaganda política revolucionaria en Cuba.

⁵ José Antonio Saco y López (1797-1879): Alumno eminente de Félix Varela, fue la figura política de mayor alcance teórico y conceptual del movimiento liberal reformista de la década del treinta del siglo XIX cubano. Fue un agudo crítico del sistema colonial y el más brillante opositor al movimiento anexionista.

⁶ José de la Luz y Caballero (1800-1862): Expositor en la primera mitad del siglo XIX, de las concepciones acerca de la sociedad, la cultura y el conocimiento en la Isla. Maestro fundador del Colegio El Salvador, institución desde la que se consagró a la educación patriótica de la juventud cubana.

⁷ Enrique José Varona (1849-1933): Intelectual cubano de reconocida trayectoria como pensador político-social, orador, periodista y maestro, que reorganizó la enseñanza en la Isla. Su quehacer atraviesa los siglos XIX y XX, desde sus estudios literarios y filosóficos, hasta la intensa labor política y ciudadana que desarrolló en la República nacida en Cuba en 1902.

⁸ José Martí Pérez (1853-1896): Figura cimera del pensamiento político-social cubano y latinoamericano en la segunda mitad del siglo XIX, marcó con su ideario pautas para la soberanía de los pueblos del continente. Gestor de la Guerra Necesaria que en 1895 se inició en Cuba por su independencia de España. Corresponsal de los principales diarios de la región, impulsó desde el periodismo una renovación en las letras hispanas de fines de esa centuria.

⁹ Francisco de Arango y Parreño (1765-1837): Uno de los principales representantes del quehacer intelectual y político de principios del siglo XIX en Cuba. Exponente de la Ilustración Reformista Cubana, impulsora del desarrollo científico y tecnológico, la libertad de comercio y el aumento de la esclavitud, como proposiciones de un nuevo proyecto socioeconómico para la Isla en la época.

¹⁰ Manuel Sanguily Garrite (1848-1925): Orador y periodista cubano de amplia producción intelectual, fundamentalmente en el siglo XIX. Colaboró en las principales publicaciones periódicas de la época, en las que de manera recurrente abordó el tema de la situación política de Cuba. Participó en la Guerra de los Diez Años que en 1868 se inició en la Isla por su independencia de España.

¹¹ Pacto del Zanjón: Convenio firmado en febrero de 1878 entre representantes de las partes que se enfrentaban en la Guerra iniciada en Cuba en 1868, por su liberación de España. El Pacto fue propuesto por las fuerzas políticas españolas a los insurrectos cubanos, con el propósito de dar por terminada la Guerra. No contó con el apoyo de todos los miembros del Ejército Libertador cubano, pues propendía a normalizar la situación insular, sin que mediaran la independencia del país ni la abolición de la esclavitud, principales propósitos por los que se había iniciado la contienda bélica.

¹² Juan Marinello Vidaurreta (1898-1977): Político y notable intelectual cubano. Doctor en Derecho Civil y en Derecho Público, poeta y brillante ensayista. Militante comunista desde muy joven, combatió las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista en la Cuba Neocolonial. Tras el Triunfo de la Revolución Cubana el 1ro de enero de 1959, fue Rector de la Universidad de La Habana y Embajador de Cuba ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

¹³ Ignacio Agramonte y Loynaz (1841-1873): Bogado cubano brillante, se incorporó a la Guerra de los Diez Años iniciada en 1868 en Cuba contra la dominación española. Sus excepcionales condiciones de líder y su gran capacidad como jefe militar le ganaron el sobrenombre de El Mayor.

